

## **Tema 4: Fe y conciencia**

### ***“Para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios” Rom 12,2***

**Objetivo:** Caer en la cuenta de que la conciencia no es dedo acusador, sino el lugar sagrado en el que el hombre dialoga con Dios, quien le muestra la Verdad y el Camino para llegar a la Vida.

#### ***Introducción***

---

La iglesia naciente, en su afán por seguir con entusiasmo el mandato del Señor de hacer discípulos a todas las gentes, pronto entendió que no debía circunscribirse al pueblo de Israel sino salir también a evangelizar a los gentiles. Y aquí se encontraron con un problema: en el caso de los judíos no era difícil llegar al misterio de Jesucristo partiendo de la Escritura, de Moisés, la Ley y los profetas. El mismo Señor les había enseñado cómo hacerlo en el camino de Emaús. Pero, ¿cómo hacer con los gentiles? Para ellos, conceptos como Alianza, Mesías, promesa de salvación, eran completamente lejanos, faltos de sentido y de difícil entendimiento. ¿Cómo proceder entonces? Porque estaba claro que la voluntad de Jesús era que la fe llegara a todo hombre, de todo lugar y de todo tiempo. Apelaron así a algo universal, presente en todos los hombres, a saber, el conocimiento natural de la ley divina y la voz de la conciencia.

El hombre, en su interior, *“descubre una ley que él no se da a sí mismo, a la cual debe obedecer y cuya voz suena oportunamente en los oídos de su corazón”*. Es la ley natural, inscrita por Dios en el corazón del hombre, de cualquier hombre, creyente o no, cultivado o sencillo, rico o pobre, *“cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo y en cuya obediencia consiste su propia dignidad”* (GS 16).

Dios no abandona al hombre. No le entrega su libertad y lo deja solo ante la responsabilidad de la elección. Le da un valioso y fiable instrumento, su propia ley grabada en su corazón: inclínate hacia el bien, rechaza el mal. La ley natural es *“aquella luz originaria sobre el bien y el mal, reflejo de la sabiduría creadora de Dios, la cual, como una chispa indestructible, brilla en el corazón de cada hombre”* (VS 59). La ley natural ilumina las exigencias del bien moral; es, por decirlo de alguna manera, la teoría sobre lo bueno, sobre aquello a lo que hay que tender. La parte práctica la desempeña la conciencia. El Concilio Vaticano II dice que la conciencia es *“un sagrario dentro del hombre, donde tiene a solas sus citas con Dios”* (GS 16). El misterio y la dignidad de la conciencia moral reside en que es *“el lugar, el espacio santo donde Dios habla al hombre”* (Juan Pablo II, Audiencia General 17-VIII-1983). Y san Buenaventura la define así: *“La conciencia es como un heraldo de Dios y su mensajero, y lo que dice no lo manda por sí misma, sino que lo manda como venido de Dios, igual que un heraldo cuando proclama el edicto del rey”*.

Muchas veces pensamos en la conciencia como en un agente de la ley que, placa en mano, nos persigue incansablemente tras haber cometido un pecado. La conciencia nos acusa, ciertamente, pero intentemos ir más allá. Según el Concilio, el hombre tiene en su conciencia sus citas a solas con Dios, pero para tener una cita con alguien hay que acudir a ella. Allí, en lo profundo de nuestro ser nos espera Dios, nos espera su ley inscrita por Él en nosotros. Se trata de preguntarse antes de actuar, de preguntarle antes de actuar. Se trata de buscar la verdad allí donde Dios la ha puesto, la verdad sobre la bondad de mi actuar. Se trata, en definitiva, de encontrar la voluntad de Dios sobre mí en este trance concreto. Por esto, la conciencia no se impone por sí misma, sino que nos brinda la oportunidad de descubrir lo que Dios quiere. Su dignidad proviene, no de que sea fuente autónoma de decisiones, sino de que basa sus juicios en la verdad sobre el bien moral y el mal moral y esta verdad dimana directamente de la ley divina, es decir, de Dios mismo.

En este sentido, la conciencia tiene la fuerza de obligar, pero no coacciona. Sus juicios surgen como fruto del vínculo de la verdad con la libertad. No son decisiones arbitrarias según los vientos de las modas o las conveniencias. Están firmemente anclados en la verdad. Por eso hay que seguir los dictados de la conciencia. Pero siempre vigilantes porque no es un juez infalible, puede cometer errores, por ignorancia, por dejadez o por abandono. Por ese motivo debemos preocuparnos de tener una conciencia madura y formada. Y, ¿cómo se forma la conciencia? Con lectura de la Palabra, con la oración, con lecturas y estudios que completen nuestra formación cristiana, en la dirección espiritual, con la escucha del Magisterio de la Iglesia. Y lo más importante: no creyendo nunca que nuestra conciencia está ya formada definitivamente. Debemos tener siempre una actitud de continua búsqueda de la verdad y del bien; de no conformarnos con la mentalidad mundana; de no dejarnos atrapar por medias verdades, sino ser siempre fieles a la voluntad del Señor y crecer en nuestra amistad con Él. Es necesario que nuestro corazón esté continuamente convirtiéndose a Dios; que, con esfuerzo y perseverancia, a través de las virtudes, vaya dándose una especie de connaturalidad entre nuestra voluntad y el bien, entre mi voluntad y la Suya. Si nos esforzamos habitualmente por seguir la voz de una conciencia recta y formada, esto podrá convertirse en una suerte de inercia que nos haga inclinarnos cada vez con más frecuencia hacia lo bueno. Pero lo contrario también se da: si muchas veces acallamos nuestra conciencia optando, no por el Señor, sino por nuestro propio gusto, iremos progresivamente dejándola muda y sin autoridad, abandonándonos a un vacío de verdad en el que el relativismo y el propio yo se harán los amos.

Trabajemos por avanzar en el camino de la amistad con Jesús y pidámosle conformar cada día más nuestra voluntad con la suya y que nuestra conciencia sea capaz de guiarnos para elegir siempre el bien y la verdad. Cristo, *“en la hora de Getsemaní transformó nuestra voluntad humana rebelde en voluntad conforme y unida a la voluntad divina. Sufrió todo el drama de nuestra autonomía y, precisamente poniendo nuestra voluntad en las manos de Dios, nos da la verdadera libertad. En esta comunión de voluntades se realiza nuestra redención.”* (Cardenal Ratzinger, Homilía pro eligendo pontifice 18-IV-2005)

### ***Partiendo de la vida (ver)***

---

1. Presentar hechos de vida que muestren el concepto que tengo de conciencia: si sólo la identifico con la voz que me acusa cuando cometo un error consciente y consentido; o si, por el contrario, la entiendo como el rincón de mi corazón donde consultar y dejarme guiar por el Señor.
2. Nuestra conciencia suele mostrarnos con claridad el camino del bien y a veces tratamos con desesperación de argumentar en contra suya para actuar según nuestro propio interés. Puedo contar un hecho de mi vida en el que a fuerza de insistir he conseguido silenciar mi conciencia; o aquel otro hecho en el que al fin me he rendido y he hecho lo que ella me indicaba. Y los sentimientos que en cada caso se me han suscitado.
3. Hemos visto que la conciencia sólo conduce por el camino de la verdad si está rectamente formada. Puedo compartir con el equipo un momento de mi vida que refleje mi preocupación por formar mi conciencia en la fe de la Iglesia para que sea mi fiel consejero; o al revés, si descuido mi formación y luego pretendo apelar a mi conciencia aunque sea ignorante e inmadura.
4. Contar un hecho de vida en el que haya entrado en la intimidad de mi corazón con ánimo real de buscar la voluntad del Señor. Si, con mayor o menor esfuerzo, he conformado mi voluntad a la suya o si me ha vencido mi fragilidad y me he apartado de Él. No se trata de revelar secretos o intimidades, sino de profundizar en mi actitud.

## ***Iluminación desde la fe (juzgar)***

---

### ***A) Sagrada Escritura:***

- Pablo describe la ley natural inscrita también en los corazones de los gentiles (Rom 2,14-15); es algo que nos hace descubrir la voluntad de Dios (Rom 12,2). También los profetas hablan de la ley de Dios escrita en el hombre (Jer 31-35; Ez 11,19).
- La caridad procede de una conciencia recta (Tim 1,5). La conciencia es testigo de la verdad (Rom 9,1). Abrazar la verdad, que es Cristo, para no ser arrastrados por cualquier falsedad (Ef 4, 14-15; 1 Tim 5,7).
- Salomón pide a Dios sabiduría para discernir el bien y el mal (Re 3,9).
- Desde los primeros tiempos del cristianismo se subraya la tarea de mantener la conciencia limpia y recta (Hch 24,14-16); se insiste en que una conciencia mal formada conduce al error (1 Cor 8,7-12; Tit 1,15-16).
- Cumplir la voluntad de Dios es lo que realmente alimenta el alma del hombre (Mt 4,4; Jn 4,34). En el momento cumbre de su entrega, Cristo abraza la voluntad del Padre anteponiéndola a la suya (Mt 26,39).

### ***B) Magisterio de la Iglesia:***

- La Ley natural, escrita por Dios en el corazón del hombre (GS 16) es inclinación al bien y rechazo del mal (*La verdad os hará libres*, VL 40); reflejo de la sabiduría creadora de Dios (VL 59).
- La verdad como cimiento del actuar humano (VL 37); hay una estrecha relación entre verdad y libertad (VS 61; VL 38). Los juicios de la conciencia se fundan en la verdad sobre el bien moral (VS 61). La verdad guía al hombre de lo visible a lo invisible GS 15).
- Conciencia como sagrario del hombre, lugar santo de encuentro con Dios (GS 16). Es la voz de Dios en el hombre (VL 39). Fruto de la conciencia es llamar por su nombre al bien y al mal (DeV 43).
- Es necesario que formemos nuestra conciencia (VS 62; VL 39), profundizando en el conocimiento de la ley de Dios y en el desarrollo de las virtudes (VS 64). Los cristianos estamos especialmente llamados a formarnos (DH 14; AA 20 y 29). La falta de formación de la conciencia como causa de la grave crisis actual (VL 55). El Magisterio de la Iglesia está siempre al servicio de la conciencia para que alcance la verdad (VS 64).

## ***Compromiso apostólico (actuar)***

---

Llegado el momento del compromiso, proponemos varias opciones. Por un lado, un compromiso de formación, por ejemplo, leer con atención y detenimiento el capítulo que dedica a la conciencia la encíclica *Veritatis splendor*, 54-64; o sobre la familia, por supuesto la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, o los números de la constitución pastoral *Gaudium et spes*, 47-52.

Por otro lado, podemos comprometernos a entrar con más asiduidad en la intimidad de la conciencia para buscar la voluntad del Señor en cada paso de mi vida y no sólo en lo que a mí me parece importante o más trascendental.

También podemos asumir como compromiso, estar más atentos y hacer más por la formación de la conciencia de los que nos han sido encomendados: nuestros hijos, nuestros niños o juveniles de catequesis, los jóvenes de nuestro grupo de iniciación, etc.; procurándoles buenas lecturas, buenas indicaciones, buenos

consejeros... Para ello nos puede servir como instrumento el YOUCAT, que trata en los números 295-298 sobre la conciencia y en los números 333-334 sobre la ley moral natural.

Como compromiso de grupo, proponemos asistir a alguna charla o conferencia que pueda ampliar nuestra formación cristiana, o incluso, animarnos a participar asiduamente en algún curso de teología en la parroquia o en el Aula de Teología de Acción Católica.